

pierde el hombre los hilos de la devoción y el fervor del espíritu, cuanto trabajo le sea menester para volver á recobrarlo, después de lo que viene á quedar escarmentado y avisado, y á trabajar el bien que tiene, por no verse otra vez en semejante conflicto.

Y así como la interrupción de estos ejercicios impide mucho la oración, así, por el contrario la continuación de ellos es la cosa que más ayuda para alcanzarla. El árbol que tiene sus riegos ordinarios á sus tiempos, presto viene á crecer y dar fruto. El estudiante también, que siempre cursa las lecciones y sigue siempre la escuela de su maestro, en poco tiempo llega á la perfección de lo que estudia; así como por el contrario, el que hace muchas y largas interrupciones, tarde ó nunca llegará á saber nada; porque cuando vuelve otra vez á su estudio ya tiene olvidados los principios, y así, todo se va en comienzos.

Verdad es que cuando esta interrupción es breve, y por alguna causa piadosa ó necesaria, presto quiere el Señor que se cobre lo perdido; y aun á veces guarda al siervo fiel y obediente la ración doblada después de acabada su obediencia. También es verdad que esta manera de interrupción, con menor peligro pasa en los perfectos que en los principiantes; porque éstos, como son aún pobres necesitados, el día que no lo trabajan no lo comen; mas los que son ya más perfectos y ricos, siempre tienen dentro de sí más caudal para sustentarse por algún espacio, aunque no ganen de nuevo. Por lo cual, parece que una de las principales diferencias que hay entre los perfectos é imperfectos, es ésta: Que los perfectos son como árboles de secano que aunque estén algunos días sin regarse, todavía conservan su verdor y dan su fruto; más los imperfectos son como árboles de regadío, que en faltándoles el riego luego pierden todo aquel lustre y hermosura que tenían, mostrando bien claro por fuera la virtud y beneficios que les falta de dentro.

ARTÍCULO X

DÉCIMO IMPEDIMENTO, DEL REGALO Y DEMASÍA EN COMER Y BEBER

También es muy conocido impedimento para este camino la demasía y regalo en comer y beber: así como, por el contrario, el ayuno y la templanza es grande ayuda para él. Por eso andan siempre juntos en la Escritura divina (1), como coadjutores y hermanos, el ayuno y la oración; y por esto mismo aquellos santos Padres, que se apartaban á los desiertos á vacar á la contemplación, eran tan extremados en sus ayunos y abstinencias, como leemos en sus historias.

Pues así como el ayuno corporal ayuda á levantar el espíritu á Dios, así por el contrario, lo abate y entorpece la demasía en comer y beber. Y la razón de esto es, porque levantar el espíritu á contemplar aquella luz eterna y hacer que esté hábil para recibir las influencias y resplandores de ella, es una cosa tan alta y tan sobrenatural, que, como dice San Agustín(2), es menester que el hombre recoja todas sus fuerzas en uno y que emplee todo su caudal en esta su vida si quiere arriba á ella. Porque este vuelo tan alto requiere un hombre muy libre de todo aquello que pueda tirar de él para otra parte. Lo contrario de lo cual hace la demasía del comer y beber, la cual no por una sino por muchas vías nos impide esta subida. Lo primero, porque ocupa una buena parte de la virtud del alma en la obra de la digestión, en la cual la misma naturaleza, como por justicia, pide su derecho, y quiere que toda la virtud para entonces se emplee en aquella obra tan necesaria para la vida. De donde nace hallarse los hombres tan pesados, después que se han excedido en comer y beber, para cualquiera cosa de estudio y atención.

(1) Tobí., 12, Math. 17.—(2) Lib., 10, de Trinit. cap. 5, tom. 3.

Lo segundo, porque los mismos humos de vapores de la comida, suben al cerebro, donde está el asiento de las potencias que sirven á la obra de la contemplación, y cubren toda aquella parte como una niebla oscura, con la cual se impide la operación de aquellas potencias y por consiguiente la del entendimiento que se sirve de ellas. De donde nació aquella sentencia de los griegos (1), que alega S. Jerónimo en una epístola; que dice: «El vientre lleno de mantenimiento, no engendra delgado entendimiento.» Y por el contrario, se dice de Julio César, que iba templado y ayuno cuando se puso á usurpar el imperio romano para dar á entender que iba con grande atención y cuidado á intentar este negocio; lo cual es propio de hombres templados y ayunos, como efecto que siempre se sigue de esta causa.

Lo tercero, porque naturalmente vemos que la demasía en el comer y beber, solicita y llama en el corazón del hombre á cosas vanas, como es, á hablar, reír, burlar, jugar, porfiar y otras cosas semejantes. Porque así como el espíritu, cuando está lleno de devoción, llama el corazón á cosas espirituales y divinas, así el cuerpo lleno de mantenimiento lo llama á cosas corporales y vanas. Conforme á lo cual, dice San Gregorio (2), que de la artura del vientre nacen alegría vana, burlería, carnalidades, hablar demasiado, rudeza de entendimiento y otras cosas semejantes; por las cuales se ve claro cuán favorable sea la virtud á él contraria, que es ayuno y templanza, como lo muestra S. Crisóstomo por esas palabras: «El ayuno (3) cría en el alma unas alas espirituales con las cuales sube á lo alto, y contempla desde allí á Dios, y mira como debajo de sus pies todas las cosas mundanas.» Y así como los navíos que llevan menores cargas navegan con mayor ligereza, mas los que van muy cargados caminan con mayor peligro, así las

1 In Epis., ad Nepotianum de vita clericorum. — 2 In 3. P. Pastoralis ad monit. 20, in principio etc. lib. 31, Moral, c. 31, circa finem. — 3 Hom., 1, de poenitentia.

almas cargadas, con el ayuno, están más ligeras para navegar por el piélagos de esta vida y para levantar los ojos al cielo y despreciar desde allí como sombra todas las cosas presentes; mas por el contrario, la demasía del comer y beber entorpece el espíritu y apega el cuerpo, y así hace el alma cautiva y sujeta á la gula hasta derribarla. Y así dice en otro lugar: «El manjar tomado con templanza y en el vientre alcanzado de mantenimiento, es mejor que el ayuno de dos ó tres días; y mejor es comer cada día poco, que pocas veces mucho. Muy provechosa es el agua que poco á poco cae de lo alto; mas el torbellino furioso y arrebatado, deseca y roba las tierras.

Los que de esta manera viven, siempre serán ricos de tiempo, que es una muy gran riqueza, y en pocos días tendrán larga vida, pues todo lo que viven es de provecho, sin tener que desechar. Y por esto el varón justo, aunque acabe sus días en breve, todavía tiene la vida larga, porque se aprovecha de todas las horas y tiempos de ella; mas los malos, y señaladamente los que tienen por Dios el vientre, traen siempre las almas en vida muertas y sepultadas con el peso del mantenimiento. Y así como gente que no vive más que por comer y henchir el vientre, así ni entienden en otra cosa, ni aun les queda tiempo ni habilidad para ella.

Mas particularmente las cenas largas son más perjudiciales para este negocio; lo uno porque gastan el tiempo, diputado para las sagradas vigiliass y para regalar las almas, en regalar los cuerpos; y lo otro, porque llenando el estómago de mantenimiento, no se puede levantar el hombre á la media noche, ni madrugar á la mañana con ligereza, que son los dos tiempos más aparejados para este negocio. Porque como dice San Basilio (1), así como el soldado que va muy cargado no puede menear las armas, así el clérigo ó religioso, no puede bien perseverar en las vigiliass de la oración cuando está entorpecido y pesado con la carga del mantenimiento.

(1) Serm., 2, de jejunio.

Y no sólo la demasía de los manjares, sino también la curiosidad y regalo de ellos, y los convites y fiestas semejantes, son una muy cierta polilla y pestilencia de estos ejercicios. Porque, ¿dónde se pierde más tiempo y se desconcierta más el espíritu, y se rebaja más todo el hombre, que entre estos convites y regalos? Allí con el calor del vino y con el sabor de los manjares, y con la dulzura de la compañía, suelta el hombre la lengua á hablar cuanto se le antoja, y tras ella se va también el corazón, y allí por todas partes se derrama el espíritu. Pues, ¿cuánto es el tiempo que aquí se pierde? ¿Cuántos los inconvenientes á que se exponen los aficionados, especialmente aquellos á quienes por razón de su profesión les son prohibidas? ¿Cuántos son los medios y adherencias que los tales buscan para conservarse en ellas? ¿Y cuántas veces, por esta causa, se viene á perder la paz, la caridad y la concordia? Bien entendía esto aquel gran Sabio, pues tantas veces en sus Proverbios nos avisa de ello, como quien conocía el gran daño que de aquí se podía seguir. En una parte dice: «El que es amigo de convites (1), vivirá en pobreza, y el que busca manjares delicados y vinos preciosos, nunca enriquecerá.» En otra parte dice (2): «No te halles en los convites de los que son amigos de beber vino y comer carne; porque los que se dan á este vicio, y aquí gastan su hacienda, serán consumidos; y el sueño y pereza de los tales vendrá á parar en pobreza.»

En otra parte, aun más encarecidamente, refiere los grandes males que de aquí se siguen, diciendo: (3) «¿Para quién es el ay? ¿Y para quien los tropiezos y las caídas? ¿Para quién los ruidos y contiendas? ¿Para quién las heridas sin causas, sino para los que se deleitan en el vino y son amigos de comer y beber?» Todos estos, y otros muchos males, trae consigo este vicio; por donde el mismo Sabio viene á concluir en otra parte diciendo (4): «Lujuriosa cosa es el vino, y bulliciosa la em-

(1) Prov., 21.—(2) Prov., 23.—(3) Ibid.—(4) Prov., 20.

briaguez: quien en estas cosas se deleita, no será sabio.» Y está clara la razón; porque conocida cosa es que el camino para la verdadera sabiduría son las lágrimas, la compunción y la mortificación de las pasiones, á las cuales cosas de todo en todo contradice el regalo del cuerpo, y el cuidado y apetito de sus deleites. Porque (5), como dice San Crisóstomo, así como el fuego no se puede encender ni sustentar en materia húmeda, así tampoco la compunción entre los deleites y regalos corporales; porque estas dos cosas son en sí tan contrarias, que la una mata la otra; pues la una es madre del llanto y la otra de la risa: la una aprieta el corazón la otra lo relaja.

Sea, pues, esta regla general que el siervo de Dios, acordándose de aquella amarguísima hiel y vinagre que el Hijo de Dios por nuestro amor, gustó (6) en la cruz, se contente con manjares viles y groseros, y estos procure tomar con tal templanza, que siempre se halle preparado para levantar el espíritu á Dios, y para cualquier otro ejercicio espiritual sin que la carga del cuerpo y del mantenimiento lo lleve en pos de sí. Acuérdesse que la perfección de la vida cristiana es una perpetua oración y comunicación con Dios; y por esto, quien ha de tener por oficio traer siempre el espíritu levantado á Dios, siempre ha de tener el espíritu y el cuerpo dispuesto y aparejado para esto. Si un músico estuviese obligado á tañer siempre, necesario le sería traer siempre templado el instrumento en que había de tañer. Y si un cazador quisiese todo un día cazar, necesario le sería también traer todo aquel día templados los perros y el azor. Pues como no sea otra la vida del perfecto cristiano, sino andar siempre en busca de Dios y de su gracia, y traer siempre ocupado el corazón con esta música interior que se hace con la oración, quien siempre ha de entender en esto, siempre ha de traer el espíritu y cuerpo templado para ello. Así lo acon-

tióne cordis.—6) Matth., 27, Marc., 15.

seja San Jerónimo á una doncella diciendo (1): «Procura de comer con tal templanza que siempre quedes con hambre, para que después de comer y beber, puedas libremente orar, y leer, y entender en cualquier ejercicio espiritual.»

ARTÍCULO XI

DE OTRO GÉNERO DE IMPEDIMENTOS PARTICULARES

Estos son los impedimentos generales que comunmente suelen ofrecerse á todos en este camino. Otros hay más particulares, conforme á las condiciones naturales y aficiones de cada uno, como vemos algunos que son naturalmente tan cuidadosos en lo que han de hacer, que una paja que hayan de menear, no pueden reposar ni aun dormir de noche con aquella espina, los cuales, si tienen algo en qué entender, nunca pueden perseverar con reposo en la oración,

Otros hay como lunáticos, que les dan unas tan grandes priesas y fervores del corazón sobre cosas de aire, que en dándoles esta priesa, no se pueden contener si no van luego á cumplir su apetito, aunque dejen á Dios con la palabra en la boca. Este es vicio de los que están hechos á cumplir siempre su voluntad; los cuales suelen tener muchos apetitos y antojos, y están tan sujetos á esto, por el mal hábito que tienen, que si luego no hacen su voluntad, parece quieren morir. A estos más fácilmente saca el demonio de la oración, tirándoles por estos apetitos, como por unas cadenas, según se lee de un monje que estaba en el monasterio de San Benito (1), el cual en ninguna manera podía sosegar en la oración; y así al tiempo que los otros monjes estaban orando, éste luego se escabullía de aquella santa compañía, y se iba á entender en otras cosas. Por el cual como hiciése oración el bienaventurado P. San Benito, vió en espíritu un muy disforme negro que se

(1) Ad. Demetriadem.

(2) D. Greg., 2, lib, Dial. c. 4.

llegaba á él, y tomándolo por la mano, le sacaba como por fuerza de aquel lugar. Y así es de creer cierto, que se aprovecha el demonio de estas nuestras malas inclinaciones para hacer de ellas unas cadenas con que tire de nosotros y nos saque de tan provechoso ejercicio. Por donde el siervo de Dios, cuando esto sintiere, crea cierto, aunque no lo vea, que todo ello es obra del enemigo que quiere hacer con él otro tanto.

Mas sobre todos estos particulares impedimentos, el que ordinariamente más impide, es el amor desordenado de algunas cosas en que tenemos puesta toda nuestra afición. Para cuyo entendimiento es de saber, que apenas hay en el mundo persona tan religiosa, ni tan libre de sus pasiones que no tenga algún idolillo á quien sirva y adore: quiero decir, alguna cosa en que tenga puesta su afición, y por cuya posesión y amor trabaje y haga todo lo que sea posible. Unos están presos del amor de las letras y del estudio, de la ciencia y elocuencia; y aquí tienen casi puesta la suma de todos sus deseos; de tal manera, que á ninguna de todas las otras cosas del mundo arrastran, sino á ésta; pareciéndoles que ninguna otra es grande ni digna de la generosidad y nobleza del hombre, sino sola ella. A otros lleva en pos de sí el apetito de la honra del mundo, ó de la privanza de príncipes y de grandes señores, ó de la hacienda y bienes temporales. Y otros finalmente están trabados de otras aficiones diversas como caballería atada á su pesebre. Y después que han dado lugar en su corazón á estas aficiones, luego con el mismo estudio y amor que abrazan el fin, se emplean en buscar todos los medios por donde mejor la pueden conseguir. Y así unos se dan á trastornar libros de noche y de día, con aquella ansia de llegar á su deseado fin; otros á buscar hacienda por todas las vías que pueden; otros, á negociar y solicitar sus cosas, y otros á otras cosas semejantes. Porque dado lugar á aquella raíz, por fuerza es que se ha de dar á todas estas ramas que de ella proceden. Las cuales, sin duda, son

aquellas malas yerbas y espinas del Evangelio (1) que ahogan la simiente de la palabra de Dios; porque ocupado el hombre en estos negocios con tan demasiada solicitud, ni le queda tiempo ni corazón libre para vacar á Dios. Y así acaece muchas veces á éstos, que estando en oración los saca de allí el demonio, y los baja del cielo á la tierra y aun á veces los lleva arrastrando, para que vayan á entender en aquellas cosas á que los llama su afición. De manera que llamándolos Dios por una parte á su mesa, y á sus brazos y regalos, y á la participación de su espíritu, dejan de acudir á este llamamiento por acudir á cosas de vanidad.

Pues los que de esta manera buscan á Dios, tengan por cierto que nunca le hallarán. Porque como dice nuestro Salvador (1), nadie puede servir á dos señores, sino que por fuerza ha de amar el uno y aborrecer el otro, ó sufrir al uno y despreciar al otro. Y los que pretenden lo contrario, son semejantes á aquellos nuevos pobladores de la tierra de Samaria, enviados por el rey de los Asirios, de los cuales dice la Escritura, que por una parte honraban y sacrificaban á Dios, y por otra también honraban y sacrificaban á sus ídolos. Por donde á los tales conviene decir aquellas palabras que el profeta Samuel decía á los hijos de Israel (2): «Si os volvéis á Dios de todo vuestro corazón, quitad los dioses ajenos de en medio de vosotros y servid al Señor solo, y os librara del poder de vuestros enemigos.» Si los hombres considerasen atentamente cuanto es lo que merece Dios, y cuán poquito es lo que puede dar el corazón del hombre, verían claramente como no hay que repartir donde tanto es lo que se debe y tan poco lo que se puede dar.

Y por esto el que desea acertar este camino trabaje por desarraigat de su corazón todas estas aficiones extrañas, y presentarlo ante el acatamiento divino, como una materia prima, desnuda de todas las formas; para que así pueda Dios imprimir en él todo lo que quisiere sin resistencia.

(1) Math., 6.—(2) 1, Reg., 7.

Esta es aquella resignación tan alabada y encomendada por todos los maestros de la vida espiritual, á la cual pertenece ofrecer á Dios un corazón libre y desligado de todas las aficiones y deseos del mundo, para que no haya en él cosa que impida las influencias y operaciones del Espíritu Santo. Acuérdate que dos cosas señaladamente se requieren para acabar cualquier obra; una que haga y otra que padezca; una que mande y otra que obedezca. Pues si tú quieres que Dios acabe tu obra en tí, mira cual de estas dos partes te conviene elegir. Y pues á Dios (1) no conviene obedecer, ni á tí mandar, deja lo que es de César á César y lo que es de Dios á Dios. Quiero decir, deja á él que te encamine y gobierne, y haga lo que por bien tuviere de tí; y tú ponte en sus manos, como un poco de barro que no resiste á las manos de su Maestro. Y sábet que no hay otra resistencia sino la de las propias aficiones y voluntades y de las obras y negocios que se siguen de ellas.

Y porque no podemos en esta vida despedirnos de muchas ocupaciones y ejercicios peregrinos, á lo menos trabajemos porque no se prenda nuestro corazón en ellos, sino que siempre tenga el cetro y principado entre todos el estudio y afición á la Sabiduría divina. A ésta, digamos de todo nuestro corazón aquellas palabras del Sabio (2): «Esta es la que yo amé y busqué desde mi juventud y trabajé de tomarla por mi esposa y hacerme amador de su hermosura.» Este es nuestro último fin, este es el centro, de nuestra felicidad, para esto fuimos criados y para esto fueron criadas todas las cosas. Todo el tiempo que en esto gastáremos, pensemos que vivimos; y todo lo que saliere de aquí, si no fuere por justa causa y necesidad, tengámoslo por perdido.

En todos los otros negocios entendamos más con el cuerpo que con el espíritu, y más con las manos que con el corazón, de la manera que nos aconseja el Apóstol, diciendo (3): «Querría, hermanos, que miraseis como es bre-

(1) Math., 21.—(2) Sap., 8.—(3) 2, Cor., 7.

ve el tiempo de esta vida. Por donde conviene que los que tienen mujeres, las tengan como si no las tuviesen; y los que lloran como si no llorasen; y los que se gozan como si no se gazasen,

Va tanto en este documento, que de sólo él depende todo el concierto ó desconcierto de la vida espiritual, como se prueba claro por esta razón. Porque como en las obras morales el fin sea la raíz y fundamento de todo lo que se ha de hacer, estando los fines ordenados y puestos en sus lugares, todo lo demás irá ordenado; mas si estuvieren pervertidos y trastrocados, así estará también todo lo demás. Porque como estos son los que guían la danza, por doquiera que estos van, tira todo lo demás. Asienta pues en tu corazón con grandísima determinación, que el principal fundamento de tu vida es esta comunicación y trato familiar con Dios: piensa que esta es tu heredad, y tu tesoro, y tu mayorazgo, y todo tu caudal; y cerrados los ojos á todas las cosas, y puesto debajo de los pies todo lo demás trabaja por emplearte siempre en esto. Porque sin duda este es el fin para que fuiste criado, y esta es la mejor obra de cuantas puede hacer una criatura: y esta es aquella mejor parte que escogió María; y esta es, entre todas las cosas, la de que Dios más se sirve: y esta es obra de la vida contemplativa, que es más perfecta que la activa: y aquí, finalmente, se ejercita nuestro corazón en el amor actual de Dios, que es la mejor de todas nuestras obras; porque, como dice Santo Tomás (1), la interior afección de la caridad es el más excelente acto y más meritorio de cuantos el hombre puede hacer. Pues, ¿en qué mejor demanda, y en qué más alta empresa puedes tú emplear tu corazón? Y si por ventura eres amigo de saber y deseas alcanzar sabiduría, ten por cierto que aquí enseña Dios á sus familiares amigos grandes cosas. Y además de esto, la sabiduría que Él aquí enseña es tan alta, que todo oro (2), que es toda sabiduría humana, en comparación de ella, es un poco

(1) 2, 2, q. 184, art. 1, y 3.—(2) Sap. 7.

de arena; así como lodo será estimada la plata delante de ella. Por lo cual, así como á este fin no puedes ni debes anteponer otro fin, así á los ejercicios y medios por donde ésta se alcanza, no debes anteponer otros negocios. Todo lo de la tierra sea accidental y accesorio: ésta sólo sea la que nade sobre todo, y prevalezca sobre todo, y reine sobre todo, y por cuyo amor se desprecie y sacrifique todo. No hagas tan gran pecado como es poner á Dagón par á par junto del Arca del Testamento, como hicieron los Filisteos, sino el Arca (1) esté en lo alto y Dagón esté prostrado delante de ella. De esta manera, pues, ordenado y graduado el amor del fin, toda la vida estará ordenada; mas desordenado este amor todo lo demás irá desordenado.

(1) 1, Reg. 6.